

La ciudad de México: entre los muros, el crimen y la piel

TOMÁS BERNAL ALANÍS | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, AZCAPOTZALCO

Resumen

Este artículo nos adentra en los bajos fondos de la Ciudad de México durante el porfiriato. La novela policíaca *Carne de ataúd* del escritor Bernardo Esquinca, publicada en 2016, nos hace una radiografía magistral del ambiente intelectual, de la prensa, de la vida sociocultural y cotidiana de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, para mostrarnos, a través del asesino serial Francisco Guerrero, alias el *Chalequero*, el mundo de sombras y luces en la ciudad de México. El gobierno que va en busca del orden y el progreso, emblemas de la modernidad y de las grandes metrópolis, nos deja ver un mundo lleno de desigualdades sociales, en un México que se desplaza entre el pasado y el porvenir.

Abstract

This article lead us to the deeps of Mexico City during the *Porfiriato*. The detective novel *Carne de ataúd* written by Bernardo Esquinca, published in 2016, creates a great radiography of the cultural atmosphere, the press, the sociocultural and daily life at the end of XIX Century and the beginning of the XX century, to show us, trough the serial killer Francisco Guerrero, a.k.a. the *Chalequero*, the world of shadows and lights in Mexico city. The government, that is searching the order and progress, emblems of modernity and the big metropolis, allows us to see a full world of social inequalities, inside a Mexico that is moving between the past and future.

Palabras clave: Positivismo, Modernidad, Estado-nación, novela policíaca.

Key words: Positivism, Modernity, Nation-state, detective novel.

Para citar este artículo: Bernal Alanís, Tomás. “La ciudad de México: entre los muros, el crimen y la piel”. *Tema y Variaciones de Literatura*. Núm. 54, semestre I, enero-junio de 2020, UAM-Azcapotzalco, pp. 219-233.

Pero lo que la ciudad deteriora más en el hombre es la inteligencia, porque, o se la encajona dentro de la vulgaridad, o se la precipita a la extravagancia. En esta densa y tupida capa de ideas y fórmulas que constituye la atmósfera mental de las ciudades.

José María Eca de Queiroz

Y perseguir despiadadamente el vicio, la infamia y el crimen allí dondequiera que se encuentren, eso es justicia.

Eugenio Sue

I. Obertura

La modernidad, como una estela en el mar del capitalismo, trajo tras de sí el orden y el progreso en el nacimiento y desarrollo de las ciudades. En el caso de la ciudad de México, esta imagen se construye durante el gobierno porfirista (1876-1911), durante el cual los anhelos de una élite ilustrada y cosmopolita establecen las reglas sociales que regirán los destinos de un país a fin de alcanzar una sociedad regulada por el orden y la justicia.

El porfiriato alcanza la cúspide al mantener un estado de derecho sustentado en una serie de ideas —provenientes de Europa— y aplicarlas en el bajo mundo del crimen y la violencia: el evolucionismo, la teoría del criminal nato y el positivismo dan respuesta a una sociedad basada en las diferencias raciales, políticas, económicas y culturales a fin de establecer un orden social encaminado al progreso y al crecimiento económico.

Con estos elementos de orden y progreso se establece una serie de miradas y acciones sobre el problema criminal en el México de finales del siglo XIX. El sistema penitenciario y criminológico mexicano se transforma en un mandato legal para combatir el crimen, como una forma sustancial de encontrar el camino de las grandes ciudades civilizadas como París y Londres. El Estado y el orden ejemplifican el punto de partida de esa disciplina y ese control que se ne-

cesita en la sociedad para que ésta funcione como una maquinaria perfecta.¹

En este contexto, la novela *Carne de atáúd*, de Bernardo Esquinca, publicada en 2016, nos muestra una deslumbrante historia sobre un asesino serial en la época porfiriana, rodeada de las luces y sombras de nuestra historia nacional, envuelta en un tiempo de miedo y misterio. Las ideas en boga nos llevan a intentar explicar un ambiente de zozobra, a encontrar los elementos de identidad que nos expliquen cómo somos como pueblo, en un permanente mirar entre nuestro pasado y nuestro presente.

II. El mundo moderno y la novela policiaca

La novela policiaca se va destilando poco a poco a lo largo de la historia. Su aparición se pierde en la noche de los tiempos, pero su consolidación se establece con el desarrollo del capitalismo, la modernidad y la fundación de los estados-Nación. Es un producto de circunstancias históricas donde los intereses y los negocios permiten la posibilidad de transgredir esas normas y valores resguardados por las instituciones del mundo moderno: la ley, la policía y el Estado.

Una trinidad que se aboca a hacer cumplir las condiciones mínimas de operación y orden que necesita un sistema social para reproducir la riqueza como motor y fin de su funcionamiento. El título emblemático del libro del penalista italiano Cesare Beccaria,

De los delitos y las penas (1764), funda de alguna manera la preocupación por parte del Estado por generar un estudio, clasificación y reglamentación de los delitos y sus correspondientes penas y castigos como una forma de construcción social y penal de la sociedad.

Como lo ha estudiado el sociólogo francés Luc Boltanski, para determinar la aparición del crimen organizado en las sociedades modernas que quieren regular las condiciones sociales de trabajo, legalidad y funcionamiento de los individuos y las instituciones en el plano de los intereses económicos de individuos, grupos o nacionales; para ello afirma:

La relación entre la realidad y el estado se encuentra en el meollo de esos análisis. El enigma no puede constituirse —en tanto que objeto específico— sino al destacarse ante el trasfondo de una realidad estabilizada y predecible, cuya fragilidad queda manifestada por el crimen. Ahora bien, es el Estado-nación, tal como se desarrolló a finales del siglo XIX, al que se debe el proyecto de organizar y unificar la realidad o bien, como hoy dice la sociología, construirla, para una población y un determinado territorio.²

De esta relación aparecen los ingredientes sustanciales del mundo de la novela policiaca: el crimen y la investigación, el hecho y la consecuencia, lo prohibido y lo permitido, lo patológico y lo normal, los transgresores y la ley, en pocas palabras: el orden y

¹ Para mayor información véase el imprescindible texto sobre el tema de Foucault, Michel. *Vigilar y Castigar*. México: Siglo XXI Editores, 2010.

² Boltanski, Luc. *Enigmas y complots. Una investigación sobre las investigaciones*. México: Fondo de Cultura Económica, 2016, p. 18.

el desorden. Binomio que da vida y sentido a las sociedades humanas en el tiempo y en la configuración de las formas sociales de la convivencia entre el género humano.

Como lo ha estudiado el fiel seguidor de este género literario, el investigador Vicente Francisco Torres Medina, para desbrozar un poco la habitual maleza y densa bruma de esta forma literaria, el después de mucho tiempo de investigar y seguir las huellas del mundo y autores policíacos, concluye:

La literatura policíaca sintetiza dos elementos humanos: la inteligencia, el frío razonamiento y lo irracional... La armonía entre la organización y la turbulencia, con predominio de la primera, es el sustento de la narración policial clásica, aquella que responde a la pregunta "quién es el asesino" y tiene puesto su interés en mostrar hasta la saciedad el triunfo del bien sobre el mal. Esa necesidad innata que todos los seres humanos sentimos en algún momento.³

Esa lucha entre el bien y el mal, es la arena por excelencia para desarrollar el mundo policíaco y sus múltiples expresiones en el papel de la ley y el orden. Es un espacio vertiginoso donde se dan los hechos delictivos como un constante reto y enigma a las autoridades y a su mundo de valores. Se enfrentan, en un incesante juego de ajedrez, las dos piezas fundamentales: el que desafía a la ley y el que pretende hacerla respetar.

Regresamos a un Estado que busca la formalización de las relaciones sociales al

interior de una comunidad humana. Donde los preceptos y la arquitectura jurídica establecen las normas de su funcionamiento acorde a ciertos principios y valores que dan cohesión a dicha sociedad para su existencia. Como lo reafirma Luc Boltanski:

Una de las características de la novela policíaca radica, pues, en colocarse en el punto de distinción de lo privado y de lo público, de la sociedad civil y del Estado y, más radicalmente aún, entre dos manifestaciones de la realidad. De un lado, la realidad como objeto de una experiencia vivida por actores individuales en diversas situaciones cotidianas. Del otro, la realidad como totalidad, reposando sobre una trama de formatos, reglas, procedimientos, conocimientos y pruebas que pretenden tener un carácter general, y sostenida por instituciones que determinan su contorno.⁴

La novela policíaca transpira su aliento en las grandes ciudades, como un elemento detonador de un espacio físico que ha crecido y se ha desarrollado en un complicado mundo de calles, cerradas y un amplio vericuerdo de construcciones arquitectónicas que rebasan los niveles mínimos de planeación urbana, que hacen de la ciudad, el espacio predilecto del mundo del crimen.

La ciudad se convierte en el múltiple espacio de intereses y pasiones de una amplia gama de acciones y expectativas sociales, en un caleidoscopio de negocios, trabajos, profesiones, entre otros muchos factores políticos, sociales y económicos que dan

³ Torres, Vicente Francisco (prólogo y selección). *El cuento policial mexicano*. México: Cofradía de Coyotes, 2019, p. 4.

⁴ Boltanski, Luc. *Op. cit.* p. 39.

vida a la aparición de la novela policíaca en la modernidad.

La sangre, los muros y la piel son elementos emblemáticos para construir las historias policíacas en el mundo moderno. La sociedad recrea a través de ellas las diferencias sociales, los desequilibrios económicos, los intereses políticos, las tradiciones, el peso de la historia, los imaginarios sociales para ir delineando en el tiempo el rostro del crimen y el acto delictivo como una constante en las sociedades.

La novela policíaca es un medio ideal para conocer los mundos y los inframundos que conectan las pasiones humanas para expresar los códigos, leyes y todo el aparato jurídico-institucional, como lo expresa la novelista P. D. James:

Las novelas que giran en torno a un asesinato atroz y cuyos escritores se proponen explorar e interpretar el peligroso y violento submundo del crimen, sus causas, sus ramificaciones y su efecto tanto en los perpetradores como en las víctimas, pueden cubrir un espectro extraordinariamente amplio de escritura creativa que abarca las obras más excelsas de la imaginación humana. Es posible que, en efecto, haya un asesinato en el núcleo central de esos libros, pero en multitud de ocasiones no se crea un misterio en torno al ejecutor del crimen y, por lo tanto, no hay pistas ni detective.⁵

La novela policial se convierte en un enigma, en un laberinto de situaciones donde las máscaras, las identidades, el misterio, la

inteligencia como artefacto de investigación hacen de ella una búsqueda permanente por la verdad y la justicia. Su función es desenrañar una madeja de paradojas que hacen de ella un ajedrez de posibilidades, donde las posibles soluciones nos llevan a caminos sin salida y a los resultados más inesperados de la investigación.

En esa búsqueda de soluciones por definir el origen, rumbo y desenlace de la novela policíaca, muchos investigadores han determinado que su origen no es muy claro, considerando algunos que el padre de dicho género literario es Edgar Allan Poe, pero el estudioso del tema, Fereydoun Hoveyda afirma lo siguiente:

Las mejores novelas policíacas satisfacen, a la vez, las ambiciones de la inteligencia y las apatencias de la sensación; cuando están logradas, constituyen novelas "completas", obras "totales". La novela policíaca —escribe Caillois— seduce, fascina, descansa, dando al mismo tiempo una impresión de progreso, de esfuerzo recompensado, de labor fecunda.⁶

El campo de batalla es el espacio de encuentro entre el bien y el mal, esas dos fuerzas milenarias que se enfrentan para establecer la ética en la sociedad. Lo que trae en sí, es la lucha desatada entre las fuerzas del orden (léase Estado-nación) y los individuos que transgreden las leyes a través del delito y la desobediencia. La policía frente a la delincuencia organizada, ésa es la cuestión, mantener el *satus quo*, o enfrentarse

⁵ James, P. D. *Todo lo que sé sobre novela negra*. Barcelona: Ediciones B, 2017, p. 14.

⁶ Hoveyda, Fereydoun. *Historia de la novela policíaca*. Madrid: Alianza Editorial, 1967, p. 218.

a las fuerzas del mal que quieren disolver a la sociedad y a sus miembros, en una lucha descarnada por la supremacía sobre el orden social.

III. La modernidad porfirista

El mundo moderno estableció patrones de desarrollo y evolución en el mundo occidental. Para ello fue tejiendo un entramado de teorías o formas de explicación del mundo que se establecieron a lo largo del siglo XIX. Siglo que se caracterizó por el uso de la ciencia y la racionalidad para desentrañar los misterios de la vida y de la sociedad.

Los campos de explicación de distintas ciencias —principalmente de las ciencias sociales— encontraron en el siglo XIX un gran avance en su desarrollo, definición y fortalecimiento de sus campos y objetos de estudio. Es el caso de la Historia, la Sociología, la Etnología, la Antropología, por sólo mencionar algunas de las ciencias sociales que lograron establecer sus métodos, conceptos y formas de delimitar su objeto de estudio.

Nos encontramos en la época dorada del Imperialismo (1880-1914), donde el concierto de las naciones establece una serie de relaciones entre los países pobres y los países ricos, entre los países coloniales y las metrópolis. En donde se fundaron las diferencias políticas, económicas y sociales que fundamentaron la idea de progreso y civilización, como lo afirma el historiador inglés Eric Hobsbawm:

La humanidad quedaba dividida por la “raza”, idea que impregnaba la ideología del período de forma de casi tan profunda como el “progreso”,

en dos grupos: aquellos cuyo lugar en las grandes celebraciones internacionales del progreso, las exposiciones universales, estaba en los *stands* del triunfo tecnológico, y aquellos cuyo lugar se hallaba en lo “pabellones coloniales” o “aldeas nativas” que los complementaban. Se recurría a la biología para explicar la desigualdad, sobre todo por parte de aquellos que se sentían destinados a detentar la superioridad.⁷

El siglo XIX fue un siglo donde predominó una visión orgánica y evolucionista de la sociedad desprendida de la obra de pensadores como: Charles Darwin, George Lamarck, Herbert Spencer, Augusto Comte, Thorstein Veblen, Henry George, Karl Marx, entre otros, que establecían diferencias al interior de los Estados-nación, tanto de los países civilizados como en los países primitivos.

Estas causalidades de tipo histórico, geográfico, económico, social, cultural, de mentalidades, entre otras, establecieron las diferencias y desigualdades entre las colonias y las metrópolis. Con lo cual se generó una división internacional del trabajo donde las colonias eran explotadas en sus recursos naturales y humanos por las metrópolis, creando con esto una separación cada vez más grande entre esos mundos.

Estos modelos explicativos generaron una justificación ideológica y social de esas diferencias no sólo entre las naciones sino al interior de los mismos países. Con ello se conformó desde el plano social y racial un discurso sobre la civilización y el progreso. Bajo este ambiente de pensamiento apare-

⁷ Hobsbawm, Eric. *La era del Imperio, 1875-1914*. México: Crítica, 2015, pp. 39-40.

ce la antropología criminal italiana, que entre sus exponentes se encuentran: Cesare Lombroso, Enrico Ferri y Rafael Garófalo, los cuales proponen una serie de ideas para establecer las conductas criminales en las sociedades modernas. La idea del “criminal nato”, desarrollada por Cesare Lombroso, será implementada en el período porfirista para tratar de explicar: la pobreza, el crimen, la violencia, la “degeneración racial”, como problemas atávicos de la población indígena del país.

Así, estas ideas fundamentaban la ilusión de que el mundo navegaba y se movía hacia esa fuerza llamada: progreso. Se pensaba que nos esperaba una época de esperanza y felicidad para el mundo, donde las necesidades materiales y espirituales se iban a resolver por el avance tecnológico y productivo que se estaba gestando en los países de Europa y que los beneficios de esa carrera hacia la civilización y el progreso iban a ser patrimonio tarde o temprano de todas las razas del mundo.

Con ello y la creencia en los adelantos técnicos y del conocimiento se pretendía solucionar los problemas de los países pobres, para llevarlos de ser sociedades primitivas a transformarlos en sociedades civilizadas. Esa certeza era compartida por todo el mundo como un camino abierto, seguro y que llegaríamos a él sólo con seguir los pasos de las grandes potencias. Como lo afirma John B. Bury:

Así, hacia 1870 y 1880 la idea del Progreso se convirtió en un artículo de fe para la humanidad. Algunos la defendían en la forma fatalista de que la humanidad se mueve en la dirección

deseada, aun en contra de todo lo que los hombres hagan o dejen de hacer; otros creían que el futuro depende en gran medida de nuestros propios esfuerzos y que no hay nada en la naturaleza de las cosas que impida un avance seguro e indefinido.⁸

Estas ideas y estructuras mentales permearon la explicación sobre el mundo social y las leyes que regían la conducta de los individuos. Los científicos —la élite cultural porfiriana— utilizaron el uso de las ciencias sociales para explicar el devenir de la historia y enfrentar los grandes problemas nacionales. Su visión positivista sobre la historia y la población del país justificaba las políticas excluyentes de la época.

La modernidad como proyecto económico y como realidad social se convertían en los ideales del porfiriato. Las crónicas de Manuel Gutiérrez Nájera, que abrieron las puertas al Modernismo en México, retrataron una ciudad moderna y cosmopolita con todos los atractivos de las grandes ciudades mundiales como: París, Londres, Nueva York, Chicago, pero también con su contraparte, los lados oscuros de ese inframundo que tiene toda gran ciudad que se aprecie como tal.

La ciudad de México era un paisaje en constante ebullición, donde las múltiples voces resonaban en todos los rincones, donde el bullicio y el movimiento se deslizaban por sus modernas avenidas pletóricas de sorpresas en sus elegantes escaparates y comercios. Los pasajes de Walter Benjamín se

⁸ Bury, John B. *La idea del progreso*. Madrid: Alianza Editorial, 1971, p. 309.

transformaban en los centros comerciales de las grandes metrópolis donde la delincuencia encontraría un lugar propicio para extender sus brazos y delinquir en estos espacios comerciales que atraían a una infinidad de población para admirar y desear los nuevos artículos de moda.

Este espacio del glamour y ostentación generaban en el universo del hampa la posibilidad de hacer de las calles un lugar para traficar y realizar una serie de actos vandálicos: robar a transeúntes, asaltar locales y negocios comerciales, hasta llegar al asesinato como una situación de las diferencias sociales expresadas entre el mundo del dinero y la elegancia y otro mundo, el de la pobreza y el de la exclusión social.

En el porfiriato confluyeron una serie de factores que hicieron del crimen un tema de suma importancia. Ante los avances de la industrialización, el capitalismo y el crecimiento económico los Estados-nación procuraron mantener una paz social que permitiera el avance social e industrial en una sociedad de contrastes profundamente arraigados en la historia y la cultura del país. Como lo expone el historiador Pablo Piccato:

El discurso de la élite regional sobre progreso y expansión económica giraba en torno a la “regeneración” racial y cultural de la población y a la creación vertical de nuevos ciudadanos gracias a la inmigración y al mestizaje, e incluía luchar contra el rezago y falta de disciplina con higiene, criminología y penología. La criminología se volvió tema favorito de la reforma social porque la disciplina científica construida alrededor de ella proveía de explicaciones plausibles de los vicios populares, y las instituciones peni-

tenciarias otorgaban a las autoridades un instrumento apto para regenerar a las personas.⁹

Los discursos criminales estigmatizaron a cierta población: a los indígenas y a las clases pobres y menesterosas que transitaban en las grandes ciudades. La criminología positiva se construyó como una expresión científica de la época —basada en la ciencia, la estadística, la medición y la observación— para determinar los patrones de la criminalidad.

Estas ideas se fincaban en la teoría del medio ambiente, del evolucionismo y la selección natural. Justificaban un tipo de orden social pragmático y funcional a las ideas de progreso, higiene, trabajo y un basamento moral. Todas ellas dieron explicaciones, muchas veces, fuera de la realidad, sólo se utilizaron para justificar un mundo diferenciado en lo social, lo económico, lo racial y lo cultural.¹⁰

Muchos intelectuales debatieron en el ocaso del siglo XIX y en los albores del siglo XX la pertinencia de considerar la necesidad de buscar un cambio social en la mentalidad del indígena y de los sectores pobres del país. La conveniencia impostergable de acercar estos sectores al progreso y a la civilización dependía de integrarlos a la nación por una serie de medidas mentales, de tra-

⁹ Piccato, Pablo. *Ciudad de sospechosos: crimen en la Ciudad de México, 1900-1931*. México: Centro de Estudios Superiores en Antropología Social/Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, 2010, p. 29.

¹⁰ Para mayor información sobre el uso y explicación de estas teorías criminológicas a la época porfirista, véase Guerreño, Julio. *La génesis del crimen en México*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996.

bajo y de higiene para irlos transformando en ciudadanos.

Otro de los grandes problemas a debatir para desarrollar al país, era la creación de ciudadanos que permitieran un juego más amplio y abierto sobre el uso y la producción de las tierras, su ingreso al mercado de trabajo, del uso de una economía de intercambio monetario y la posibilidad paulatina de realizar estudios y una preparación técnica para afrontar las oportunidades que abría el trabajo industrial y comercial en las grandes ciudades.

La combinación del positivismo y liberalismo económico generaron un paisaje que justificaba una sociedad evolutiva fundamentada en la diferenciación social, en un “espíritu emprendedor” y señalaba una serie de vicios y virtudes que tenían las distintas clases sociales al interior de la nación que las disponía a desarrollar acciones y trabajos acordes con su condición social y racial, como lo apunta el estudioso Moisés González Navarro:

Aunque según otros, el problema era más cultural que racial. Porfirio Parra insistió: la población india imposibilitaba el progreso. Varios atribuyeron la falta de “espíritu industrial” a la esclavitud, a la miseria, la embriaguez y el incesto; otros a las romerías, y otros más a que los hacendados los hacían trabajar como bestias. De cualquier modo, como para no pocos el indio era de baja estatura, sucio, demacrado y “muy feo”, urgía la inmigración extranjera.¹¹

¹¹ González Navarro, Moisés. *Sociedad y cultura en el porfiriato*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, p. 160.

La visión de los vencedores sobre los vencidos, como ley histórica, emanaba de esa preeminencia de los grupos en el poder político que justificaba un orden de cosas en aras de sus intereses. La historia mexicana tenía sus excluidos, los condenados de la tierra, eran los causantes del subdesarrollo, no querían entrar al progreso y a la civilización. Pero los intelectuales y el poder político no comprendían que ellos eran en gran parte causantes de esa situación histórica que había alcanzado una profunda dimensión estructural.

IV. La ley y el crimen: el color de la piel

El Porfiriato propició en sus mismas entrañas la creación de un campo adecuado para el desarrollo del crimen —como una actividad ilícita causada por las enormes desigualdades producidas por la misma sociedad— en sus sueños por encontrar el progreso y la civilización a través de la modernidad. Dicha modernidad no era más que estar en lo presente, en la actualidad en contraste con el pasado.

En esa búsqueda incesante de la modernidad, tanto el gobierno y el pueblo mexicano, encontraron realidades contrastantes de un proyecto social que pretendía encontrar el “alma nacional” de aquello que Benedict Anderson llamo las “comunidades imaginadas”:

La nación es una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es imaginada porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la

mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión.¹²

Así era el mundo porfiriano, una malla de intereses y visiones encontradas de lo que debería ser el Estado nacional. Tiempo de proyectos, de posibilidades que marcaron distintos derroteros de una nación en formación que no encontraba todavía su rostro en este juego inacabado de la identidad nacional. Esa tarea redentora, auspiciada por los científicos, mostró el mundo del atraso, la pobreza, la ignorancia y el crimen como emblemas de problemas y vicios atávicos de la población pobre que todavía no se subía al sueño de la modernidad, como lo expresa Ricardo Pérez Montfort:

Así, como si se tratara de un médico auscultando a un paciente, el derecho de los sectores pudientes a entrometerse en múltiples aspectos de la vida privada, de las tradiciones y en general de la cultura de las clases populares se explicaba también a través de ese afán por identificar las patologías sociales con el fin de enmendar anomalías, controlar desviaciones y encausar el desarrollo hacia la higiénica modernidad.¹³

El contrato social del porfirato era violado por la criminalidad. Como dicen, cada sociedad tiene los criminales que ella produce por sus particulares formas de organización social y por los códigos de comportamiento moral. La ley representa el dique que contiene las aguas en permanente estado de desbordarse entre las fronteras de la legalidad y la ilegalidad. Esa práctica judicial a la que se refiere Elisa Speckman, en su libro *Crimen y castigo*:

En otras palabras, la ley era vista como el mecanismo utilizado por la sociedad para combatir a sus partes enfermas y neutralizar a los hombres ineptos a la vida social. En este contexto la defensa de los derechos humanos perdía toda relevancia. Lejos de privilegiar las garantías individuales, los positivistas se concentraron en la seguridad del conjunto y se inclinaron por un Estado fuerte capaz de asegurar la integridad del cuerpo social.¹⁴

En esta sociedad, cruzada por inmensas diferencias, el color de la piel fue un estigma difícil de superar para la población indígena y los tratos más pobres de la población. La maquinaria legal y el discurso oficial sobre el crimen pecaban de un exceso en las visiones positivistas que justificaban el atraso de estas comunidades que, por otro lado, intentaban integrar al mundo de la modernidad.

¹² Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del Nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 23.

¹³ Pérez Montfort, Ricardo. *Cotidianidades, imaginarios y contextos. Ensayos de historia y cultura en México, 1850-1950*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2008, p. 55.

¹⁴ Speckman Guerra, Elisa. *Crimen y castigo. Legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia (Ciudad de México, 1872-1910)*. México: El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 2002, p. 106.

En este contexto de contradicciones se establece la novela de Bernardo Esquinca, *Carne de ataúd*, un verdadero *thriller*, que nos sumerge en el México de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, para mostrarnos ese inframundo de la sociedad mexicana donde los resortes del crimen tienen que ver con un pasado difícil lleno de carencias y herencias familiares y sociales.

Esos estereotipos que se construyeron y difundieron por la élite porfiriana y por los viajeros extranjeros que cruzaron este país lleno de reminiscencias del pasado. De ese pasado que pesaba en el alma nacional, como una estirpe condenada desde mucho tiempo atrás. Pasado y sangre que emergen como dos fuentes brotantes para inundar el paisaje mexicano con la nota roja como espacio de lectura y fabuladora de historias macabras y llenas de miedo.

La lectura y la escena del crimen son dos elementos insustituibles para narrar las andanzas de la ley y la persecución del criminal por parte del policía-detective, guardián del orden y de los intereses de la sociedad. Bernardo Esquinca logra una interesante trama y reconstrucción —en distintos planos narrativos y temporales del célebre asesino Francisco Guerrero, alias el *Chalequero*— para mostrarnos el universo del crimen en la época de Porfirio Díaz y así revelar la riqueza de la novela policíaca como un documento-termómetro que mide los impulsos de vitalidad o muerte que tiene cualquier sociedad.

Los enfoques de las novedosas teorías criminales y el avance de la ciencia en el campo de la criminología muestran el cuerpo de conceptos e ideas que rodeaban el mundo del crimen y del criminal, como una suer-

te de ajedrez social que explica la condición humana en sus fundamentos éticos, como lo expresa el autor:

Los pobres eran el verdadero lastre que impedía que el país abrazara de lleno la modernidad y prosperidad impulsadas por el Señor presidente. Se sentía satisfecho de contribuir desde su trinchera, deteniendo y analizando a los criminales natos, y también manteniendo alejado al populacho de los barrios céntricos donde vivían y pasaban los ciudadanos de primera categoría.¹⁵

Los espacios, las intenciones y los deseos de una sociedad diferenciada muestran las fronteras de la modernidad en una ciudad que se autonoombra cosmopolita, pero que tiene en su arquitectura los rostros del pasado y del presente, como un *Jano*, que ve hacia ambos lados. El color de la piel también tiene sus recovecos preferidos y se desliza en las sombras de la ciudad.

Los protagonistas de esta novela policíaca sintetizan magistralmente los espacios, los discursos y los anhelos de una sociedad que se desenvuelve entre la tradición y la modernidad, entre lo primitivo y la civilización: *El Chalequero*, el típico criminal de los bajos mundos; Carlos Roumagnac, el intelectual que expresa las novedades de la criminología; Julio Ruelas, el pintor y el artista de los bajos fondos; Rafael Reyes Spíndola, periodista y empresario que vislumbra en la nota roja un poder real y futuro; Madame Guillot, espiritista y difusora de ideas esotéricas de la época; Eugenio Casasola, reportero

¹⁵ Esquinca, Bernardo. *Carne de ataúd*. México: Almadía Ediciones, 2016, p. 36.

y la conciencia memorística del caso; y el poder de los militares, escritores y políticos: Sóstenes Rocha, Ireneo Paz, Félix Díaz, Porfirio Díaz y Francisco I. Madero, todos ellos partícipes del péndulo del tiempo entre el ayer y el hoy.

Los crímenes revelan las debilidades de una sociedad, lo prohibido y lo permitido, las culpas de una comunidad social que no ha podido resolver sus grandes diferencias en distintos órdenes del acontecer nacional. En los crímenes, en su forma y proceder se delatan las miserias a la que han llegado los humanos que no han podido fortalecer lo suficiente los lazos de fraternidad que rigen sus mundos.

Y las teorías evolucionistas y positivistas justificaron un orden de cosas y situaciones que mezclaban la naturaleza biológica y la diferenciación social y cultural como elementos inherentes a la criminalidad y al delito en la sociedad porfiriana. Así lo sostenía el investigador Carlos Roumagnac en distintos momentos a lo largo de la novela:

Ahora mostraba el dibujo de un indígena, con el cráneo desproporcionado y unas orejas muy grandes... Lombroso sostiene que las tendencias criminales son propias de seres humanos involucionados, que han regresado a un estado similar al del hombre primitivo, y que por lo tanto son incapaces de controlar sus pulsiones agresivas. Todos ellos tienen rasgos claramente distintivos: frente huidiza y baja, asimetrías craneales, gran desarrollo de los pómulos, orejas en asa, y notoria pilosidad...¹⁶

¹⁶ Esquinca, Bernardo. *Op. cit.*, p. 34.

Los pobres eran una rémora del pasado que no permitían el desarrollo y la modernidad que el presidente quería para el país. No se integraban a las nuevas producciones industriales y sus valores y tradiciones se oponían a los valores del mundo moderno: trabajo, higiene, educación y honradez. Lo cual retrasaba la evolución del país e impedía la integración de la nación a plenitud. Otra vez Roumagnac da sus puntos de vista sobre el atraso de México:

Podemos decir que el delincuente nato es un individuo ancestral y degenerado, que exhibe los estigmas físicos y mentales del hombre primitivo. Representa una etapa intermedia entre el animal y el hombre; por lo tanto, Darwin puede descansar tranquilo en su tumba: el Eslabón Perdido ha sido encontrado. Y es el enemigo por excelencia de nosotros, los evolucionados *Homo sapiens*...¹⁷

La prensa descubrió en los asesinatos crueles, repetitivos y llenos de sangre una fuente inagotable para expandir su poder y sus espacios de venta y así acelerar un interés por los hechos delictivos de ese México que se movía en la violencia y en el inframundo de la ciudad que era una respuesta a su crecimiento y diferenciación social cada vez más galopante.

El Chalequero reunía una historia de pobreza y de necesidades materiales que lo habían llevado por el mundo de la delincuencia y el crimen. Las teorías ambientalistas jugaban su papel para justificar los caminos

¹⁷ *Ibid.*, p. 25.

errados que tomaban los criminales para empaparse del bajo mundo de la prostitución, el robo y, por último, del asesinato considerado como el punto final de una carrera que transgredía las leyes y el orden social.

El positivismo busco las leyes que explicaran el mundo social. Trayendo consigo una serie de ideas de la época de muchos autores y distintas disciplinas para buscar soluciones al problema de las patologías de la sociedad moderna y así nos encontramos con autores tan disímbolos como: Auguste Comte, Carlos Marx, Charles Darwin, Sigmund Freud, Gabriel Tarde, Emile Durkheim, Georg Simmel, Cesare Lombroso, José Ingenieros, Enrico Ferri, Rafael Garófalo, Gustave Le Bon, entre muchos otros, que hicieron propuestas para determinar lo normal y lo patológico que se estaba manifestando en las sociedades modernas y cosmopolitas.

En esta desenfrenada búsqueda de soluciones al cada vez más fuerte problema de la delincuencia, del enfrentamiento entre el orden y la ley contra el desorden y la anarquía social, los poderes establecidos instrumentaron una serie de leyes y medidas jurídicas que llevaron a cabo los funcionarios públicos –jueces, abogados, burocracia, policías, las cárceles, los sistemas penitenciarios, las teorías criminológicas, entre otros factores– que hicieron posible el estudio de los delitos y de las penas como algo sustancial del mundo moderno.

Los hechos sociales, entre ellos el crimen, fueron estudiados por los avances, tanto de las ciencias naturales como de las sociales, para regular un orden social basado en el respeto a las leyes y a las buenas maneras de los países civilizados. La racionalidad se

convirtió en el paladín de las investigaciones de los delitos y de sus infractores. Por ello es preciso apuntar lo siguiente:

El atributo primordial del positivismo, y del cual pueden deducirse todas sus características principales, es su insistencia en la unidad del método científico. Esto quiere decir que las premisas e instrumentos que se consideran eficaces para el estudio del mundo físico tienen igual validez y utilidad para el estudio de la sociedad y el hombre. Insistiendo en esta idea, los positivistas han propuesto el uso de métodos para cuantificar el comportamiento, han aclamado la objetividad del científico y han afirmado que la acción humana posee una naturaleza definida y está regida por leyes.¹⁸

Así, el *Chalequero* se convierte en una celebridad nacional. Sus crímenes sobre mujeres atraen la opinión pública y su interés reside en ser un asesino serial que rompe con la ley y con moldes sociales de comportamiento. Es un personaje que se observa y se estudia, para comprender a la naturaleza humana en sus estadios más atávicos y salvajes.

Los malos tratos, el incesto, la pobreza, fueron parte de la infancia y de la trayectoria existencial de Francisco Guerrero, el *Chalequero*, que determinaron de cierta manera su vida futura. Es esa supuesta mirada científica del académico Carlos Roumagnac, que describe a la perfección el perfil del infractor

¹⁸ Taylor, Ian, Paul Walton y Jock Young. *La nueva criminología. Contribución a una teoría social de la conducta desviada*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2017, p. 29.

de la ley y la armonía social, cuando sustentaba las ideas sobre el criminal y su mundo:

No eres un refinado: eres un ignorante, un oscuro hijo de la miseria y el delito. Te engendraron allá abajo en las tinieblas del fondo social. Eres un incompleto, perteneces a la humanidad embrionaria. Tus sentimientos son rudimentarios, tu conciencia es confusa. Tu niñez fue probablemente maliciosa y taimada; tu juventud, desenfrenada y ardiente. Eres un epiléptico, un degenerado, un enfermo.¹⁹

Tenemos en esta descripción “científica” un retrato de la época, el aire que se respiraba en la modernidad de las ciudades, el ambiente intelectual del debate de las ideas, la construcción de estereotipos sociales, la existencia de los fantasmas del pasado y la incertidumbre del presente. El gobierno borraba las huellas del pasado —como era el mundo de las pulquerías— y alentaba los paseos dominicales de una élite que se enteraba a través de la prensa de los bajos fondos que rodeaban el mundo de la ciudad de México y sus sueños de modernidad.

El plano urbanístico de la ciudad mostraba los dos mundos: el de la riqueza y el de la pobreza, el del pasado y el del porvenir, el del orden y el del desorden, el de la norma y el de las patologías, en fin, la apuesta por dejar de ser para llegar a ser.

V. Palabras finales

La novela de Bernardo Esquinca, *Carne de ataúd*, explora los bajos fondos de la ciudad de México a finales del siglo XIX y principios del siglo XX para mostrarnos el paisaje individual y social de Francisco Guerrero, alias el *Chalequero*, un asesino serial de mujeres durante el momento resplandeciente de la dictadura porfirista.

Como novela policiaca nos muestra los elementos esenciales de ella: el crimen y la investigación como una pareja que baila bajo el frenesí de la búsqueda y la persecución. Persecución que se da en una ciudad de México llena de contrastes entre una urbe moderna y otra que vive en el pasado.

Novela se sombras y luces, itinerario de una nación que no acaba de consolidarse y en la cual el pasado popular sigue teniendo un peso en ciertos sectores sociales, económicos y culturales marginados de un proyecto de nación que quiere imaginarse al paralelo de las grandes urbes de la modernidad mundial.

Momento incesante de búsquedas individuales y colectivas. Sueños de la razón sin razón, de bucear en ese pasado atávico que sigue envolviendo al pueblo y a la raza mexicana, para procurar una explicación de las conductas que desbordan el orden y el progreso. La sangre que recorre las calles y el mundo ciudadano del crimen y la piel.

¹⁹ Esquinca, Bernardo. *Op. cit.*, p. 183.

Fuentes

- Alberro, Solange (sel.). *Cultura, ideas y mentalidades*. México: El Colegio de México, 1992.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexión sobre el origen y la difusión del Nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Boltanski, Luc. *Enigmas y complots. Una investigación sobre las investigaciones*. México: Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Bury, John B. *La idea de progreso*. Madrid: Alianza Editorial, 1971.
- Carregha Lamadrid, Luz et al. *Miradas retrospectivas al México de Porfirio Díaz*. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 2017.
- Esquinca, Bernardo. *Carne de ataúd*. México: Almadía Ediciones, 2016.
- Ferri, Enrico. *Sociología Criminal*. T. I. México: Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal, 2004.
- Fornaro, Carlo de. *Díaz, zar de México*. México: DEBOLSILLO, 2010.
- Foucault, Michel. *Vigilar y Castigar*. México: Siglo XXI Editores, 2010.
- González Navarro, Moisés. *Sociedad y cultura en el porfiriato*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.
- Guerrero, Julio. *La génesis del crimen en México*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996.
- Hobsbawm, Eric. *La era del Imperio, 1875-1914*. México: Crítica, 2015.
- Hoveyda, Fereydoun. *Historia de la novela policiaca*. Madrid: Alianza Editorial, 1967.
- James, P. D. *Todo lo que sé sobre novela negra*. Barcelona: Ediciones B, 2017.
- Pérez Montfort, Ricardo. *Cotidianidades, imaginarios y contextos. Ensayos de historia y cultura en México, 1850-1950*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2008.
- Picatto, Pablo. *Ciudad de sospechosos: crimen en la Ciudad de México, 1900-1931*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, 2010.
- Speckman Guerra, Elisa. *Crimen y Castigo. Legislación penal, interpretación de la criminalidad y administración de justicia (Ciudad de México, 1872-1910)*. México: El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.
- Taylor, Ian, Paul Galton y Jock Young. *La nueva criminología. Contribución a una teoría social de la conducta desviada*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2017.

